

## El saludo

# La paz:

regalo de Cristo resucitado



P. Jorge GARCÍA C.

**H**aber participado en las convivencias de Aguilectores en Sahuayo, Michoacán, y San Francisco del Rincón, Guanajuato (el 3 y el 18 de febrero respectivamente); haberme involucrado en ambos encuentros en los que destacaron la fe, la alegría y el espíritu misionero de los niños y adolescentes y cuantos los organizaron y acompañaron, me hicieron pensar lo difícil que es vivir esto en otras realidades humanas distintas y, en ocasiones, adversas.

En bastantes lugares, la misión no despegaba del todo porque los misioneros encuentran dificultades para movilizarse y llegar a personas y lugares que esperan la luz del Evangelio. A esto se suma el hecho de que la tecnología y las redes sociales, que en esta parte del mundo se usan también para comunicar y compartir el mensaje evangélico, son casi inexistentes. Son un lujo del que sólo pueden gozar pequeños grupos de gente privilegiada.

Pero la dificultad más grande no es ésta. Existen sitios en los que los obstáculos más grandes son la guerra, la inseguridad y la radical oposición de grupos de fanáticos (sobre todo en el ámbito musulmán).



Pienso que a través de los noticiarios te habrás dado cuenta de lo que está pasando en Siria. Sólo por citar un caso. Allí, niños y niñas de tu edad viven en un régimen de terror y muerte. Los bombardeos y los atentados están a la

orden del día y eso vuelve casi imposible vivir de manera normal y serena y, sobre todo, anunciar el Evangelio.

Ustedes y yo, amigos aguilectores, somos privilegiados. Somos libres de abrazar, celebrar y comunicar nuestra fe. Lo mínimo que podemos hacer entonces es orar para que niños y niñas que viven en zonas de conflicto gocen de nuestra misma libertad.

Esta realidad que mucho preocupa y hace sufrir al papa Francisco, tiene que movilizarnos y comprometernos. Debemos orar para que Jesús, el Príncipe de la Paz, nos alcance de Dios este preciado don. La paz que el mundo no puede dar. Gracia propia de la Pascua que Él comunicó a los apóstoles encerrados en el cenáculo, temerosos de correr la misma suerte que su Maestro.

